
Notas sobre el artículo "El Indio en México" de Robert Redfield

Author(s): Lucio Mendieta y Nuñez

Source: *Revista Mexicana de Sociología*, 3rd Qtr., 1942, Vol. 4, No. 3 (3rd Qtr., 1942), pp. 63-68

Published by: Universidad Nacional Autónoma de México

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/3537073>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Mexicana de Sociología*

JSTOR

Notas sobre el artículo "El Indio en México" de Robert Redfield

*Por el Lic. Lucio MENDIETA
y NUÑEZ.*

I

LA importante revista norteamericana "The Annals" publicada por The American Academy of Political and Social Science, publicó, en marzo de 1940, un número dedicado, todo él, a la República Mexicana (México to day). Los diversos artículos que lo integran, abarcan, en conjunto, importantes aspectos sociológicos de nuestro país, fueron escritos, cada uno de ellos, por autores especializados en las respectivas materias y, salvo el encomendado a nosotros, de grande y merecido prestigio.

Muchos de los estudios aludidos, son de escritores mexicanos; pero los hay también de sociólogos de Norteamérica que se han dedicado, con especial interés y reconocida competencia, a investigaciones directas, de carácter social, en México.

Estos trabajos tienen, para nosotros, gran importancia, porque se refieren a problemas y aspectos sociológicos mexicanos, tal como son vistos y justipreciados por extranjeros. Ya se sabe que una de las más hondas dificultades de la Sociología consiste en que su materia es la materia viva humana, en la que el hombre es el objeto de su propio estudio y no en su anatomía ni en su funcionamiento físico, sino en su ser social, de tal modo que de tan cercana y tan íntima su propia perspectiva, le aparece sin la exactitud indispensable a todo conocimiento realmente científico. Sentimientos, pasiones e intereses, contribuyen, además y no poco, a desfigurar los planos de esa perspectiva.

Se necesitaría, tal vez, que se hiciese un estudio de las sociedades humanas desde fuera de ellas, algo así como por un ser de otro planeta suficientemente informado, para llegarse a penetrar, en su realidad tangible y en su pura esencia, la verdad sociológica.

Pero a falta de semejante maravilla, el ingenio del hombre se aplica a eliminar las causas de error, a dotar de exactitud matemática, en lo posible, sus instrumentos y métodos de investigación.

En nuestro concepto, el estudio, por extranjeros, de una sociedad dada, equivale, en cierto modo a ese estudio ideal, desde fuera, de que ya hemos hablado, y de aquí su gran valor. En el supuesto, claro está, de que el extranjero sea un hombre de ciencia, es decir, capaz de ver y de juzgar sin prejuicios, sin pasiones, sin otro interés que el científico.

El escritor que aborda problemas o aspectos de la sociedad a la cual pertenece, difícilmente puede eludir los factores personales de raza, patriotismo, intereses de partido, etc., en sus elucubraciones, esos factores negativos influyen más o menos en su propia visión. Por eso es indispensable confrontar los puntos de vista de las gentes de casa, con el de los extraños.

Entre los artículos de la revista "The Annals", el de Robert Redfield denominado "The Indian in México", ha llamado especialmente nuestra atención porque se refiere a uno de los problemas fundamentales de nuestra patria: el étnico. Contiene el estudio referido grandes aciertos, es una visión panorámica del problema, que resulta de excepcional valor para todos los que se interesan en la Sociología de nuestra patria y en los problemas sociales de la América Latina.

Pero nos parece un trabajo desconcertante que requiere, para ser debidamente aquilatado, de ciertas acotaciones sin las cuales cuanto contiene de recio y profundo se desvanece en lamentables confusiones.

Puede asegurarse que el artículo del señor Redfield se compone de dos partes, de las cuales, la segunda, perfectamente documentada y certera, es una negación de sus afirmaciones iniciales. Es como si se hubiese propuesto el autor establecer un principio general, teórico, a manera de punto de partida y después, en el transcurso de su trabajo, ante los materiales obtenidos en la personal experiencia, se hubiese visto llevado, insensiblemente, a negar su primer juicio.

II

Empieza su interesante estudio el doctor Redfield diciendo que en la mayoría de los lugares de México, los indios no están definidos como

tales, sino que en ellos, todo el mundo es un mexicano y nadie es un indio en definitiva.

Esta apreciación solamente puede estar inspirada en prejuicios o ser el resultado de un conocimiento superficial de nuestro medio sociológico.

El indio, en México, está perfectamente definido dentro y fuera de los medios indígenas, en éstos porque el indio mismo se sabe y se siente distinto del criollo y del mestizo y del extranjero de cultura europea, y en los lugares en donde los indios son la minoría de la población y hasta en aquellos en donde no hay indios, porque la presencia del indio, como realidad y como problema étnico y social, es constante en la vida de nuestra patria.

Contrariamente a lo que afirma el doctor Redfield, nosotros aseguramos que fuertes núcleos de población indígena ni siquiera tienen idea de que son mexicanos, pues no están identificados con la población nacional del país, sus horizontes no rebasan la región en que habitan y su mentalidad no va más allá del círculo de su raza.

El mismo autor lo reconoce así cuando en párrafos posteriores de su interesante artículo dice:

“El México indígena está compuesto de grupos locales establecidos desde hace mucho tiempo, que se distinguen el uno del otro en las costumbres, el lenguaje y el sentido de identidad étnica”.

“México, y especialmente el México indígena, es una colección de sociedades más o menos grandes, separadas. No puede haber una nación completa hasta que haya un sentimiento nacional, y semejante sentimiento está muy lejos de existir actualmente en la multitud de poblados de los valles y de la montaña, cada uno con sus costumbres, sentimientos y dialecto”.

“El problema indígena de México, es el de convertir muchas pequeñas sociedades pueblerinas en una nación”.

¿No son éstas, por cierto, exactas observaciones, una negación rotunda de lo antes dicho sobre que “en la mayoría de los lugares de México los indios no están definidos como tales sino que en ellos todo el mundo es un mexicano y nadie es un indio en definitiva”?

En relación inmediata con este punto de vista erróneo que el propio autor se encarga de destruir, según hemos visto, afirma que en México no es posible identificar a los indios en un sentido biológico.

Pero lo cierto es que hay en México muchos grupos indígenas perfectamente identificables desde ese punto de vista: coras, huicholes, tarahumaras, mayas, seris, etc. Estos grupos han permanecido en un aislamiento tal

que les ha sido posible conservarse como grupos étnicos diferenciados. Otras razas indígenas se han mezclado entre sí; pero el resultado de esos mestizajes es siempre un tipo indio que se distingue, individual y colectivamente de la población blanca del país, por características raciales y culturales evidentes.

Las apreciaciones sobre la mezcla racial en México, a partir de 1805 hasta 1921 tomando como base para apoyarlas, los defectuosos censos oficiales, carecen de fundamento científico y están en contradicción con las mismas conjeturas del autor cuando dice que "En comparación con los Estados Unidos, en donde hablando en lo general, una de cada quinientas personas es indígena, México es cuando menos cien veces más indio".

En México no ha habido una intensa fusión racial desde la época colonial hasta nuestros días, porque a ella se han opuesto los siguientes factores:

a) Aislamiento geográfico de los indios; éstos han permanecido formando fuertes núcleos en determinadas regiones del país mal comunicadas con el resto del mismo.

b) Inferioridad cultural, barrera poderosa cuando no es contrarrestada por atractivos físicos.

c) Carencia de atractivos físicos. En la mayoría de las razas indígenas los caracteres mongoloides, el color de la piel, las facciones toscas o irregulares, las hacen no precisamente repulsivas; pero tampoco atractivas a la población blanca. Esta es una barrera muy fuerte para la mezcla racial que solamente se salta por imperativos biológicos, o cuando el indio se eleva culturalmente (casos excepcionales.)

d) Inferioridad económica. La mayoría de los indios viven miserablemente, su patrimonio carece de importancia y no es ambicionado por individuos de otra raza.

e) Idioma. Fuertes núcleos indígenas conservan su propio idioma, circunstancia que los aparta o dificulta grandemente sus relaciones con personas de otra raza y aunque el idioma del amor es universal, cuando faltan los atractivos físicos, cuando hay diferencia depresiva de cultura, cuando se carece de bienes materiales, la diferencia de lenguaje es una barrera más que se opone a la mezcla de razas.

f) Costumbres endogámicas. En la mayoría de los grupos indígenas se observa una endogamia rigurosa, sobre todo frente a la población de cultura europea.

g) Desproporción entre las poblaciones. El número de blancos, desde la época colonial, ha sido en México muy inferior al de indígenas, circunstancia completamente desfavorable para una rápida fusión racial.

Todos estos factores explican por qué, en la República Mexicana, predomina, en número, la población indígena.

III

La identificación del indio con la *clase*, es un criterio, erróneo en el autor, interesado en otros escritores que persiguen fines políticos. No es cierto que el indio sea un proletario, ni menos aún que forme, en México, una clase social. Hay millares de millares de indígenas que poseen tierras en extensión suficiente para ocuparse nada más en su cultivo y de las que obtienen lo necesario para satisfacer sus modestas necesidades. Otros, además de cultivar la tierra, explotan una pequeña industria. En ambos casos se trata de trabajadores independientes, de innúmeros propietarios que no dependen de patrón alguno y que no tienen, por ello, conciencia de clase económica frente a otro u otros grupos de la sociedad.

A partir de la revolución, con motivo de la Reforma Agraria, se está formando entre el indio campesino, el ejidatario, una conciencia de clase; pero tampoco puede identificarse al ejidatario con el proletario, pues la forma en que resuelve su problema, es diversa. No lucha contra patrones, sino que demanda ante el Gobierno el reparto de tierras de acuerdo con la ley y cuando trabaja solo su tierra, es patrón de sí mismo y cuando forma parte de una explotación colectiva, como miembro de una cooperativa de producción, tampoco es proletario.

En resumen, si por proletario entendemos a un miserable sin patrimonio, el indio ejidatario y el no ejidatario que posee una parcela suficiente, no son proletarios. Si entendemos por proletario al trabajador manual, de bajo salario, en constante lucha con el capitalista, menos aún pueden clasificarse a los indios, en su inmensa mayoría, como proletarios.

Es claro que sí hay indios obreros e indios jornaleros del campo que trabajan por un salario y que carecen de todo bien, pero no son ciertamente la mayoría y su número, gracias a la Reforma Agraria se reduce cada vez más, de tal modo que no pueden tomarse como representativos, ni desde el punto de vista económico, ni desde el punto de vista social, de las razas indígenas de México.

Identificar en México, raza indígena y clase social, sólo lleva a tergiversaciones interesadas de las cosas y dificulta la clara comprensión del

problema, porque elimina, artificialmente, uno de sus términos principales: el de raza que juega en él un papel preponderante.

IV

No es exacto que las razas indígenas de México solamente ocupen la tercera parte del territorio nacional. Con excepción de los Estados del Norte, en el resto del país hay indios por todas partes. Desde luego, es evidente que los grupos indígenas no están localizados en determinada región del territorio de México; los encontramos en el Norte (seris, yaquis, mayos, kikapoos, tarahumaras); en el Centro (coras, huicholes, huastecos, tarascos, etc.), y, en su gran mayoría, hacia el Sur en toda la extensión de los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Morelos, Guerrero, Oaxaca, México, Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán. Esta dispersión de los diversos núcleos aborígenes y el hecho de que se encuentren en casi todas las regiones del país, es uno de los puntos esenciales en el problema étnico del mismo.

V

El Dr. Redfield, cree que es prematuro predecir el fracaso de la enseñanza en la escuela tarasca por medio del idioma nativo y no del español. Se refiere, en este punto de su estudio, al llamado "Plan Tarasco", ensayo, con pretensión científica, que algunos políticos, en cuyas manos cayó el Departamento de Asuntos Indígenas durante el Gobierno del general Cárdenas, quisieron poner en práctica. El artículo del Dr. Redfield fué escrito al iniciarse el ensayo aludido y aun cuando desde entonces era perfectamente previsible el fiasco, ahora no cabe duda alguna, porque los hechos demostraron lo absurdo de esa pretensión que tenía como fundamento la imitación extralógica de lo que se ha hecho en la Rusia Soviética. El entonces jefe del Departamento citado, trataba solamente de forzar la realidad nuestra para hacerla entrar en sus ideas y fines políticos de carácter comunista. Pero la realidad social no siempre responde a los intereses personales.

Con excepción de los puntos que nos parecen controvertibles, ya señalados, y de algunos errores de escasa importancia, creemos que el estudio comentado por nosotros, da una visión general sobre el México indígena y será muy útil a quienes se interesan por los grandes problemas de México.